

Casi le mataron. Mientras se movió, los expedicionarios de Corbillères no dejaron de asestarle palos. Y el guarnicionero, o sea el padre de Felipe, propuso hacerle cachos como Benito Masson había hecho con Anie, y arrojarlos al hornillo.

Quizá se hubiera llevado a cabo esta iniciativa, de no haber llegado los gendarmes. La cólera de los campesinos era muy grande, y, en fin de cuentas, comprensible.

—¡ No le salven de la guillotina!—dijo el brigadier—. Déjenle que respire hasta entonces.

Entonces dejaron a Benito para ocuparse de Cristina, que aun no abría los ojos.

—¡ Esta sí que ha escapado de buenas!—exclamó el pregonero.

Y todos compartieron su opinión.

Cristina no dió señales de vida hasta que la sacaron fuera, bajo la acción del aire libre y de la humedad. Fueron a buscar una carreta, en la cual acondicionaron a los dos.

Una vez en Corbillères, a Cristina, que tenía fiebre muy alta y deliraba, la dejaron en una habitación de la posada. En cuanto a Benito, tendido en un jergón en la cuadra y a quien los gen-



darmes velaban, no tanto para que no le rematasen como para que no se escapara, lanzó un profundo suspiro hacia las dos de la madrugada, sentóse sobre el jergón, se pasó la mano por la frente molida a golpes, pareció que a la luz de la linterna colgada de la pared buscaba alguien a quien no vió, acabó descubriendo en el umbral, sentados en sacos, a los dos gendarmes que le miraban, y dijo claramente y sin emoción:

—¡Soy inocente!

Los representantes de la autoridad no le contradijeron. Entonces Masson pidió agua.

—Creo—dijo—que me bebería un tonel.

Un gendarme le llevó agua en un cubo, que servía para los caballos. Bebió largamente allí, se desnudó la espalda y se lavó las heridas.

—La gente de Corbillères—dijo—tiene la mano dura.

Y se echó a reír.

Los gendarmes se estremecieron, según declaraciones posteriores; nunca habían oído una risa semejante. Por no oírla, sintieron ganas de disparar el revólver contra el monstruo...

Luego cambió de tono.

—Supongo—dijo—que habrán cuidado de mi bella visitante... Es una hija de familia que no está acostumbrada al ambiente de los pantanos... Tendrá mucho frío... *En cambio la otra tenía demasiado calor.*

Los gendarmes se le acercaron y le esposaron. Estuvieron a punto de amordazarle. Masson dejaba hacer sin resistencia alguna, a pesar de que parecía haber recobrado todas las fuerzas. Se limitaba a mover la cabeza como en signo de aprobación.

—Tomen las precauciones necesarias—decía—,

porque nunca están de más... *Comprendo que no les resulte simpático...*

La carreta había hecho un segundo viaje para cargar con el cuerpo de Violette. El brigadier había dicho que lo dejaran en la senda, adonde había sido sacado y donde lo encontraría la justicia. Pero la gente de Corbillères no quería que pasara la noche bajo la lluvia, y lo habían llevado a la casa de Masson, envuelto en una lona. De vez en cuando salían del cuarto donde estaban reunidos, iban a verle y juraban vengarle...

Ya se había avisado a la subprefectura. Por lo tanto, se esperaba a las autoridades y a la policía. Todos estaban de acuerdo en que el asunto daría que hablar mucho tiempo en las cinco partes del mundo.

¡Qué gran proceso!... Pero, al fin y al cabo, no se sabía cuántos asesinatos había cometido el *Piel Roja*... Se le conocían siete víctimas, siete pobres mujeres a quienes había cortado a pedazos y arrojado al hornillo... Pero seguramente había asesinado muchas más.

Tan excitados estaban por la mañana, que querían incendiar la cuadra y asar al sátiro. Por fortuna, llegaron muy oportunamente las autoridades.

Benito, a pesar del tumulto y de los gritos que pedían muerte, permaneció tranquilo, con una formidable serenidad que impresionaba a sus guardianes, los cuales se preguntaban si serían bastante fuertes para salvarlo por segunda vez del linchamiento.

—¡Abranles la puerta!—les decía—. *Si quieren hacerme pedazos a mí también, no hay que llevarles la contraria.*

Había dado la dirección de Cristina para que avisasen a su padre.



—¡Qué golpe ha sido para ella!... Seguramente no esperaba ver lo que ha visto... Pero ¿por qué ha venido?... *Yo le había recomendado muchas veces que no pusiera los pies en este país.*

Todo lo que decía parecía ser una confesión de sus hazañas, o cuando menos conducente a la conclusión de que no podía emitirse ninguna duda respecto a su culpabilidad. Y, sin embargo, solía repetir como un estribillo:

—Todo esto no impide que yo sea inocente.

¿Se burlaba de los demás, se burlaba de sí mismo?... El tono con que hablaba era bastante grotesco. ¿Querría hacerse pasar por loco?

Al oírle las primeras contestaciones, el juez de instrucción declaró:

—Estamos frente a un cínico.

Era verdad. Masson parecía experimentar un placer sádico inspirando horror. Y hacía todo lo posible para multiplicar el horror que inspiraba.

La primera noche se habían quedado el guarda rural y el guarnicionero en casa de Masson, vigilando el fuego *sin tocarlo* hasta que se apagó... Los funcionarios lo encontraron todo intacto: los restos de Anie en el cesto y sus huesos carbonizados en un hornillo... También encontraron despojos en la bodega. Y es que allí la había «seccionado». En el mismo lugar encontraron *los baúles y las maletas, todo el bagaje, en fin, de las siete mujeres desaparecidas.*

—¿Qué demuestra eso?—replicó Masson cuando se lo presentaron como un argumento—. Demuestra que soy hombre ordenado y que se puede tener confianza en mí... *Cuando vuelvan se pondrán muy contentas por encontrar sus cosas tal como las dejaron.*

—Supongo—atajó el juez—que pronto encontraremos sus cenizas, con lo que pondremos fin a

una actitud que le iguala con los peores monstruos que han deshonrado a la humanidad.

—Comprendo su indignación, señor, y la fiebre que la inspira; pero créame cuando le digo que no es seguro encontrar a esas mujeres convertidas en cenizas... El hecho de que yo haya quemado una, no demuestra que hubiese quemado a las demás...

—Entonces, ¿confiesa respecto a la última?

—¿Confesar?... No confieso nada... Soy demasiado amigo de la verdad para acceder ahora a la confesión de un crimen que no he cometido... *El hecho de hacer pedazos a una mujer y ponerla así en el hornillo, no demuestra que se la haya muerto...*

—¡Demuéstrenos que no la ha muerto!

—*Eso no es de mi incumbencia, señor juez!*... Yo no soy magistrado ni me paga el gobierno para que haga informaciones que prueben la inocencia o la culpabilidad de los ciudadanos. Por nada del mundo usurparé lo que son prerrogativas de usted... *¡Trabaje!*...

Así hablaba Benito Masson... No vamos a entrar aquí en detalles de un sumario que, efectivamente, interesó a todo el mundo y que todos recuerdan. Benito, cuanto más abatido debiera estar por declaraciones y por pruebas, tanto más ferozmente alegre parecía. Nunca la expresión de su rostro había sido más acentuada ni naturalmente más odiosa.

En lo referente a Violette, reconoció como propias todas las frases amenazadoras que se le atribuían. Y rindió un homenaje a la feliz memoria de la señora Muche, que había referido circunstanciadamente la visita del *Piel Roja* a «El Arbol Verde» y la conversación que tuvo con el guardabosque.



La señora Muche había profetizado con demasiada seguridad lo sucedido para no enorgullecerse de ello.

—De haberme escuchado Violette—declaró—, todavía plantaría sus cañas y tendería sus lazos.

El examen del cadáver de Violette demostró que había sido estrangulado con una cuerda fina y arrojado al estanque con una piedra a los pies; pero la piedra sería demasiado pesada, ya que rompió la atadura que la unía a la víctima.

Y Benito Masson, ante los resultados del examen, y teniendo en cuenta que, previamente al estrangulamiento, se le suponía haber lanzado el lazo, declaró:

—Lo que se supone es muy propio de un piel roja... Y aunque yo le dijera al señor juez que no sé lanzar el lazo, no conseguiría convencerle. Así es que espero que dejen el dichoso lazo en la mesa de las piezas de convicción, junto a *mi cesto para transportar «despojos»* y junto a mi hornillo.

A Cristina se le había tomado declaración en su casa. Y gracias al dictamen facultativo se le pudo evitar, al menos de momento, un penoso careo. Careo que, por lo demás, hubiera sido inútil, por cuanto el acusado no contradecía las declaraciones de la señorita Norbert.

Esta entonó su «*mea culpa*». Su gran equivocación había sido compadecerse de un ser extraordinariamente castigado por la naturaleza y que le había parecido interesante a causa del mismo infortunio. Cristina había achacado a la fealdad que aislaba a Benito Masson la misantropía del encuadernador, su salvajismo, sus extravagancias, la hosca poesía de sus elucubraciones, su lenguaje tan pronto entusiasta hasta el más desordenado lirismo, como simplemente grosero y brutal. Y Cristina, inclinándose piadosamente ante

el dolor, se había encontrado con un verdugo.

Cuando se abrió la puerta de la casita de Corbillères, se había encontrado con una especie de loco cubierto de sangre como un empleado del matadero y que acababa de lanzar a las llamas los restos destrozados de un cuerpo humano... De lo posterior no recordaba nada. Se limitaba a preguntarse cómo no había muerto ante el execrable espectáculo...

—La pobre chica no merecía eso—suspiró Benito Masson cuando le dieron cuenta de las declaraciones de la joven.

—¡Miserable!—le replicó el juez en un arrebato—. Ya preveía usted que ella podía sorprenderle con las manos en la masa, cuando usted le prohibía que fuera a verle a Corbillères-les-Eaux...

—No, señor juez, no... Yo no preveía que me pudiera encontrar nadie con las manos en la masa, como dice usted en un lenguaje cuya nobleza no se encuentra precisamente en las tragedias clásicas... Si yo no invitaba a la señorita Norbert para que hiciera una excursión por Corbillères-les-Eaux, era porque... el paisaje no tiene nada de bonito.



Tanto cinismo, tanta truculencia, un interés tan evidente en aumentar en todos el horror inspirado por una serie de crímenes de que Benito Mas-son no se declaraba inocente más que en unos términos y en un tono que quitaban desde luego todo valor a una declaración que él mismo no parecía tomar en serio, habían acabado por inspirar a Jaime Cotentin, el prometido de Cristina, reflexiones que no podían nacer más que en un espíritu tan científicamente, es decir, tan lógicamente abierto como el suyo, preparado, además, por un severo método, para no dejarse influir por las contingencias...

«Este hombre—se decía el prosector—corre a la muerte como hacía una liberación. Eso es lo que principalmente demuestran sus contestaciones. Si él mismo pudiera demostrar sus crímenes, seguramente lo haría. Y al no poderlo, desencadena contra él, con su actitud, el furor de los jueces y del público, que desprecia... Al mismo tiempo, se venga de antemano del error que va a ponerle en manos del verdugo gritando: «¡Soy inocente!»... Pero poco falta para que añada: «¿A que no me lo demostráis?»... Todo eso es muy de Benito Mas-



son... Por otra parte, no se ha encontrado la menor huella de las otras seis víctimas. Y en cuanto a la séptima, anda descaminado cuando dice que el hecho de que se haya descuartizado a una mujer y se la haya puesto en un hornillo no demuestra que se la haya muerto...»

Cotentin no participaba a nadie aquellas reflexiones. No le gustaban las discusiones ociosas. Sabía que no conmoviera la seguridad de nadie ante una culpabilidad que «saltaba a la vista». Sobre todo tenía mucho cuidado en ocultar el fondo de sus pensamientos a Cristina, que *había visto demasiadas cosas* para poder admitir ni por un segundo que Benito Masson no era un abominable criminal. Por cierto que Cristina, en tanto, había recibido un mensaje de Coulteray que le decía: «¡Adiós, Cristina!... ¡Todo ha terminado!...»

El drama fabuloso con que había tropezado en Corbillères y la consiguiente postración física y moral le habían hecho olvidar la otra tragedia no menos sombría, no menos macabra, que se desarrollaba en otro rincón de Francia y que, precisamente, había sido la causa de su visita a Benito Masson.

Jaime Cotentin, por su parte, temiendo bastante tiempo por la vida o por la razón de Cristina, no había pensado más en la marquesa ni en su desesperado llamamiento.

Los primeros requerimientos del sumario y los penosos interrogatorios que dejaban a Cristina abatida bajo el peso del más horrible recuerdo, hubieran contribuido a arrojar a la obscuridad de su pensamiento, si por casualidad hubiera aparecido, la aventura fantasmal en el fondo de la cual se debatía aquella pobre lady tan pálida, tan pálida, que el marqués había traído de la India,

Una desgracia presente es egoísta. Exige todos los cuidados, atrae sobre sus heridas y no permite mirar alrededor más que cuando éstas se han cerrado... Además, no hay que olvidar que, en último término, había que demostrar la realidad del infortunio de la marquesa... El «trócar» era signo de tenerse en cuenta; faltaba saber si se le había atribuido una importancia exagerada o si se le había asignado un papel que no era el suyo...

De todos modos, con las emociones sangrientas de Corbillères, el «trócar» que Cristina se había llevado en el bolso para enseñarlo a Benito había desaparecido... ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?...

Sin duda cuando Cristina corría por los senderos resbaladizos, combatida por el miedo y por el viento. Se habría abierto el bolso y se habría escudado en el instrumento quirúrgico...

Cristina y Jaime no pensaron en ello hasta que les llegó el billete tan breve y tan lúgubre de la marquesa.

La visión de la pequeña Anie ardiendo en el hornillo de Benito Masson había borrado tan completamente cuanto no se refería directamente o *parecía no referirse* a los crímenes de Corbillère, que Cristina no habló a nadie del extraño «trócar».

... Además, no se lo encontró nadie, a pesar de todas las investigaciones de la policía judicial, que registraba todo Corbillère y el campo, en busca de los restos de las seis víctimas que faltaban. Si los agentes de la Seguridad General hubieran descubierto un objeto tan curioso, seguramente hubiesen dado cuenta de él.

—¡Vamos!—dijo Cristina a Jaime Cotentin—. Hemos esperado mucho... Quizá yo, por mi escepticismo, por mi orgullo, por mi «suficiencia», haya sido la causa del fallecimiento de esa desgraciada... Si hay alguna ocasión de salvarla, ¡prove-



chémosla!... ¡Qué remordimientos tengo!... Cuando me creía muy inteligente, no era más que una necia... Mi calma para juzgar de las personas y de las cosas, el tan ponderado equilibrio de mi espíritu, no eran más que el armazón de una idiotez que me espanta... ¿Estás tú tranquilo?... A los imbéciles les parecerá que sí... Pero yo siempre he visto la inquietud de tu alma... ¡Nada te ha parecido jamás imposible!... Me asombré de no verte sonreír cuando te hablé por vez primera del vampirismo que reinaba en el palacio de Coulteray... Cuando yo, en un tono que hubieran envidiado todos los Prudhomme del mundo, hablaba de «ciencia», tú me respondías hablando de «misterio»... He tomado a mi padre por un monómano y tiene genio; *he amado a Gabriel sin creer... Quizá le amo todavía y tal vez no creo aún...*

—¡Oh, Cristina!—protestó Jaime con infinita tristeza.

—Perdón, Jaime, pero no quiero ocultarte nada... He visto al marqués y a Benito Masson a mis rodillas; lo que no he visto, yo que creía conocerlo y adivinarlo todo, era que se trata de dos monstruos... ¡Corramos a Coulteray, Jaime!...

—Aun estás muy débil, Cristina.

—Razón de más para irnos al campo. Los médicos seguramente me ordenarán que esté una temporada en la Turena, clima suave y templado, que me repondrá de mis últimas emociones... Nadie se extrañará de mi ausencia, y los magistrados no podrán oponerse a ello. Además, el sumario está a punto de darse por concluido. Si no se encuentra a las otras seis víctimas se supondrá que se debe al hecho de que las haya quemado. ¡Qué bandido! ¡Y pensar que me dedicaba versos! ¡Y pensar que derramaba lágrimas sobre mi mano!... ¿Vamos, Jaime?

—Ya sabes que hago cuanto quieres... Además, tienes razón... Nuestra presencia puede ser útil allá...

—¡Que el cielo te oiga! ¡Pero ya sabes que nos ha escrito que todo ha terminado!...

—Desde el momento en que ha podido escribir, no había terminado...

—Pues avisa a mi padre que nos marchamos... ¿No será perjudicial para Gabriel tu partida?...

—No... Ahora ya puedo ausentarme, aunque sea por largo tiempo..., siempre que tu padre se quede y tenga cuidado...

—¡Oh! ¡En cuanto a eso, ya sabes que apenas le deja y que casi no se ha separado de él para venir a verme... ¡Nadie habrá estado tan bien atendido como Gabriel!... ¡Pobre papá!... *Gabriel es algo de su vida... Y también de la tuya, Jaime...*

—Mi vida eres tú, Cristina.

—Pues vámonos de este barrio, de esta isla donde me parece que el miserable aun ronda a mi alrededor con su sonrisa tan horriblemente melancólica y con aquellos versos que recitaba en un tono de liturgia... «Por el amor de Dios: no muevas las cejas cuando pases cerca de mí; que tu mirada permanezca helada en su lago inmóvil...», etc., etcétera, y otras cosas del mismo jaez que me llenaban de gozo a pesar de mi apariencia de estatua... Porque yo soy en el fondo una sentimental... Sí, algo parecido como Jenny la obrera, con la diferencia de que lo que necesito no son flores, sino poemas...

—¡No gastes bromas!... Porque a pesar de las bromas, eres una sentimental... No se es grande más que por los sentimientos y por la bondad... ¡Y tú has sido buena!...

—Buena para ti, buena para él, buena para todo el mundo... ¡Y a todos os hago sufrir!... Pero



¿acaso sé yo lo que quiero?—acabó lanzando un grito que terminó en un sollozo.

Se la llevó aquella misma noche. Sí, era preciso que saliera de París... Y decidió que una vez en la Turena la cuidaría como a una niña, entre plantas y flores, en la resplandeciente dulzura del verano que declinaba.

Y al llegar a Tours se enteró con alegría, por la lectura de los periódicos nocturnos, de que aquella misma mañana había muerto Bessie Anne Elisabeth, marquesa de Coulteray, nacida Cavendish...

## XXIII

## EL CASTILLO DE COULTERAY

Aquella alegría fué de corta duración. Cristina, a quien no pudo ocultar la noticia, quería partir inmediatamente para Coulteray. En ella había desaparecido toda languidez.

—Si ha muerto por culpa mía—dijo—, si ha muerto porque no supe oírlo, ¡la vengaré!... Le debo eso... ¡Su sombra no me perdonará más que con esa condición!...

Se hallaba en una agitación que no cesó más que a primera hora del día, cuando se vió con Jaime en un *auto* que había de dejarles en Coulteray a las diez de la mañana.

«Es preciso que me tranquilice—pensaba—para sorprenderle, ya que no debe recelar nada.»

Todo cuanto decía Jaime no servía para nada. No le hacía caso. Todos sus pensamientos iban dirigidos contra el marqués. Ni tan siquiera pronunció diez palabras antes de llegar a Coulteray.

En otras circunstancias, aquel viaje hubiera sido delicioso para unos novios. Eso es lo que pensaba Jaime, a quien Cristina siempre se le escurría por una razón o por otra en el momento en que la creía más cerca de él.



Jamás la naturaleza se había mostrado más bella ni más suave. Acababa septiembre. Un sol dorado difundía su vaporosa ternura sobre los dominios del Loire. Corot no hubiera conseguido un efecto más delicado. Jaime posó su mano sobre la de Cristina, que estaba helada. El, en el paisaje amable y jubiloso, no pensaba más que en la vida. Ella no pensaba más que en la muerte, hacia la cual corrían a ochenta por hora.

Cuando llegaron a Coulteray, las campanas de la pequeña iglesia pueblerina y de la capilla del castillo se pusieron a lanzar los fúnebres tañidos.

—Sin duda la enterrarán hoy—apuntó Cristina, cuyos ojos se bañaron en lágrimas—. Me gustaría verla por última vez. Le diría ciertas cosas al oído... Quiera Dios que lleguemos antes de la ceremonia.

A Jaime le resultaba cada vez más difícil ponerse de acuerdo con aquellos tristes pensamientos. Estaba molesto con la difunta porque le hurtaba el encanto de la hora. La presencia del pueblecillo en las faldas de la colina, entre verdura, con sus paredes blancas, con sus techos puntiagudos, con sus campos y sus viñedos; la cinta diamantina del riachuelo que unos cuantos kilómetros más abajo desembocaba, o mejor dicho, se perdía en el Loire; el hermoso cielo, la fluidez de la atmósfera, la alegría acogedora de los rostros encontrados hasta entonces al borde del camino, en los umbrales de las casitas que se abrían sin misterio como mostrando la felicidad doméstica, no le habían preparado a oír la lúgubre letanía del bronce que rezaban las dos campanas, las cuales parecían fundidas para solamente anunciar bodas y bautizos.

El pueblo estaba desierto. El automóvil lo atravesó y pasó delante del mesón de «La Gruta de

las Hadas» sin encontrar a nadie. Parecía un pueblo abandonado.

El coche atravesó el puente de mampostería puesto para llevar al castillo, que se levantaba en la colina de enfrente.

En aquel país abundan las obras de la Edad Media y del Renacimiento, que realzan las naturales bellezas. El sentimiento de admiración ha detenido a todos los viajeros ante las ruinas imponentes y los magníficos fragmentos de los antiguos castillos de Chatelier, de la Guerche, de Roche-Carbon, de la Isle-Bouchard, de Montbazou, de Chichon, de Amboise, de Loches, de Azay-le-Rideau... El castillo de Coulteray no descompone la colección.

No es menos notable por su arquitectura guerrera, sus almenas, sus matacanes y sus torres que por los frisos y bajorrelieves tan delicadamente esculpidos en la fachada... La leyenda afirma que Diana de Poitiers tuvo bastante que ver en los embellecimientos de aquella temible mansión, y que Catalina de Médicis procuró convertirla en una cómoda residencia... Y en aquel país encantador, hasta la Edad Media parece alegre...

«Muy enferma estaría esa pobre marquesa—pensaba Jaime—para morir aquí.»

En la puerta del primer recinto del castillo, o, mejor dicho, de lo que quedaba del primer recinto (piedras, plantas trepadoras y flores), bajaron del automóvil. En el patio había gente. Como que toda la comarca se había reunido allí. Asistían al entierro por curiosidad y por superstición, porque en el país de Coulteray son muy supersticiosos, quizá más que en todo el resto de la Turena, y desde luego más que en Bretaña, aunque de otro modo... Y habían acudido, no por ver a la muerta, sino por ver al vampiro, sin creer en el vampi-



rismo, pero también sin rechazar de plano la leyenda con que les habían atemorizado de niños, cuando no se portaban bien.

La fúnebre aventura de Luis Juan María Crisóstomo, escapándose de su tumba para ir de noche a devorar a los vivos, substituía ventajosamente, para los niños de Coulteray, la apelación al coco, tan usada en otras partes.

Cuando, ausentes los castellanos, el conserje acompañaba visitantes a la cripta, no dejaba de contar a los forasteros lo que desde siglos atrás se decía de la tumba sin ocupante.

—¿Cree usted eso?—preguntaba sonriendo el visitante.

—Lo creo y no lo creo; lo creo aunque no quiera creerlo—respondía el interpelado moviendo la cabeza.

No hay nada más móvil que el carácter de los habitantes de la Turena, con su petulante buen sentido, su inconsecuencia, su finura de espíritu, su burlona filosofía, su escepticismo y su loca imaginación. ¿Qué cosa más interesante que aquel genio de una tan maravillosa agilidad que pasa sin esfuerzo de las bufonadas a los asuntos más graves, de la frivolidad a las consideraciones más serias y a veces más inesperadas por lo audaces?

Todo esto no es una digresión inútil en el umbral del castillo de Coulteray, en el momento en que la tumba va a cerrarse sobre la cara cérica de Bessie Anne Elisabeth Cavendish, esposa del último de los Coulteray, del Jorge María Vicente, que no era otro que Luis Juan María Crisóstomo, el vampiro de la leyenda. *Faltaban unas horas para el acaecimiento de hechos extraordinarios que iban a trastornar toda una comarca...*

No olvidemos que nos hallamos en un país donde hay un mesón que se llama «La Gruta de las

Hadas», cuya muestra representa un dolmen visitado por los más amables duendecillos. No lejos de dicho dolmen se encuentra otro de proporciones gigantescas, llamado «El Palacio de Gargantúa». A pocos kilómetros de allí se encuentra la altura de San Nicolás, atalaya de piedras sin escuadrar que también pertenece a los tiempo célticos y donde el mago Orfón acumuló inmensas riquezas que en Nochebuena gusta de mover ruidosamente...

Todas estas supersticiones son graciosas, apacibles, poéticas, propias de una tierra donde se siente la felicidad de vivir y nada semejante a los espantos bretones. Y son supersticiones que constituyen el fondo de las costumbres, que están ligadas a ciertos usos, que son ocasión de ciertas fiestas, a las que hasta los más incrédulos tienen buen cuidado de asistir. Si tenemos presente todo ello, nos asombraremos menos de lo que va a ocurrir.

Por de pronto, no podríamos darnos mejor una cuenta aproximada de la situación moral—desde este punto de vista—de la población de Coulteray que refiriendo muy sucintamente el modo en que diferentes ocasiones fué acogido el marqués. Ya hemos dicho que había nacido en el extranjero. No estuvo en Coulteray hasta hallarse en la flor de la edad. Y su aparición fué un acontecimiento más jubiloso que otra cosa.

Jorge María Vicente parecía encarnar en un todo el tipo del noble campesino de la Turena: era epicúreo, tenía la tez curtida y trataba campechanamente con la gente alegre y decidida. No era orgulloso. Daba fiestas rurales, sacaba a bailar a las muchachas y en las grandes fiestas anuales pagaba comilonas en «La Gruta de las Hadas».

El vampiro, como se continuaba llamándole en



secreto y en son de broma, tenía un gran éxito. A todos les era simpático. Decían: «Nuestro *vampiro* se porta bien. ¡Ojalá el diablo nos lo conserve dos o trescientos años más!»

Luego se marchó, volvió al extranjero. Durante varios años no se volvió a hablar de él. Al volver, no había cambiado. Continuaba buen mozo, con el mismo humor. En cambio, los campesinos habían envejecido.

De la India había traído una mujer muy joven, «bella como un sol», digna de «La Gruta de las Hadas». Era muy galante con ella. Parecían adorar-se.

Celebráronse fiestas en honor de ella y con motivo de la visita de algunos señores de allende la Mancha, que tampoco eran motivo de melancolía. Y toda aquella gente partió para París en medio del general sentimiento.

Cuando, unos meses más tarde, Jorge María Vicente volvió a Coulteray con la marquesa, continuaba siendo el mismo en su manera de ser, de proceder, de ver jocundamente la vida; *pero su esposa ya estaba desconocida.*

Había perdido sus frescos colores; sus ojos, que antes reflejaban el cielo, tenían un velo fúnebre; y ella, a quien se había visto corriendo por los bosques como una Diana cazadora, paseaba ahora lánguidamente en el fondo de un coche, desde donde respondía con tristeza y con gesto cansino a los respetuosos saludos de la gente.

Entretanto, fué despedida por un motivo fútil una mujer del pueblo que lavaba la ropa en el castillo y estaba casada con un brigadier de la gendarmería.

La señora de Gérard—que así se llamaba—fué la primera en propalar el rumor de que en Coulteray ocurrían cosas «bastante extraordinarias».

Aseguraba haber recibido confidencias de la marquesa, mujer digna de lástima, que, si no intervenía alguien, duraría poco tiempo. Entonces intervino el gendarme para hacer callar a su parlanchina media naranja. Y lo consiguió tan bien, por medios de que ella no se ufano, que ya no fué posible sacar a la señora de Gérard una palabra referente al caso.

Pero la curiosidad de los pueblerinos ya estaba despierta; acechaban las salidas de la marquesa y suspiraban a su paso:

—Inconvenientes de casarse con un vampiro...

Además, no se portaban como antes con el señor de Coulteray. Le rehuían, volvían la cabeza cuando pasaba y se miraban mutuamente tan pronto con una especie de inquieta consternación como sonriendo de lo que pensaban, «ya que en fin de cuentas no era posible en nuestra época».

El marqués, en vista de ello, volvió a marcharse con su mujer.

Dos años después la trajo consumida. Y hoy la enterraba...

Cristina y Jaime llegaron en plena ceremonia.

Había quinientas o seiscientas personas, los hombres con la cabeza descubierta, la mayoría de las mujeres arrodilladas mientras avanzaba el fúnebre cortejo precedido del clero, seguido del alcalde, de los regidores y de lo que pudiéramos llamar fuerzas vivas de las cercanías.

Las «hijas de María», completamente de blanco, y las «damas del fuego», con su curioso indumento silvestre, que llevaba guirnaldas de hojas y flores del bosque, rodeaban el féretro abierto, según antiguo uso de la casa Coulteray, y en el que se sella a los muertos en su tumba ante todo el pueblo, llamado como testigo.

Las «damas del fuego», entre las cuales había



ancianas de blancos cabellos y jóvenes en la auro-ra de sus gracias, formaban una cofradía cuyo ori-gen se perdía en la noche de los tiempos y que había nacido de la costumbre druídica de celebrar la vuelta del solsticio de estío con demostraciones de gozo y hogueras en el claro de los bosques. Aquellas «damas» danzaban en torno a pirámides de leña encendida, como en otras provincias fran-cesas hacen la noche de San Juan. En la comarca de Coulteray no había caserío, granja ni choza que en aquella ocasión no alzara la hoguera. A los curas se les pide que las bendigan. Y cuando el fuego ha realizado su obra, se conservan cuida-dosamente los tizones como preservativo contra la tempestad.

Así es que la religión y la superstición se unen la mar de graciosamente en aquel delicioso país. Aquel día se habían unido una vez más para lle-var a la última morada a la que había sido con-denada por un destino adverso a compartir el tálamo del «vampiro».

Pero detrás del ataúd, llevado por cuatro moce-tones del pueblo, iba el «vampiro», con un rostro de gran dolor regado por tantas lágrimas y gi-miendo tan penosamente, que su corpachón se es-tremecía. Y la realidad de aquella desesperación conyugal no tardó en arrinconar en todos los cere-bros la cruel leyenda de que, en fin de cuentas, tal vez era la primera víctima aquel pobre Jorge María Vicente.

Se recordaba con qué cuidado había atendido siempre a la marquesa. No se vió en él más que a un marido que lloraba a su mujer. Y se lloró, no solamente por ella, sino por él.

Es más: todo el pueblo se declaró a su favor a consecuencia de un incidente ocurrido cuando el cortejo dejaba el patio para entrar en el pequeño

recinto del cementerio que precedía a la capilla. Estaba allí la señora de Gérard, que ya era viu-da, apoyada en la pared y disimulada tras una hiedra, pero de modo tan incompleto, que el mar-qués, a pesar de su desesperación, la vió. Enton-ces se irguió terrible y amenazante; sus ojos, hasta entonces bañados en lágrimas, parecieron secarse por el fuego que despedían; su brazo se tendió hacia aquella mujer cual si lo impulsara un resorte, que era seguramente el de la más ex-tremada indignación, y su boca se movió, pero no tuvo ocasión de soltar el «¡Vete!» que la llenaba, porque la viuda, movida de espanto, había echa-do a correr fuera del castillo y bajaba hacia la pradera como un canto rodado.

Aquello le gustó mucho a la gente.

Todos comprendían aquella santa cólera. Al fin y al cabo, el pobre hombre ya estaría harto de historias. Y no ignoraría las estupideces que la Gérard propalaba desde el momento en que la había despedido. ¿Y aun había tenido ella el tupé de exhibirse en un momento semejante?

Terminado el incidente a satisfacción de todos, penetró el cortejo en la capilla. A Cristina y a Jaime les costó muchísimo colocarse en buen lu-gar. Jaime fácilmente hubiera renunciado a entrar en la capilla si Cristina, pletórica de emoción, no le hubiera tirado de una mano con fuerza irre-sistible.

—¡Quiero verla, quiero verla!

Aunque el féretro estaba abierto, no la había visto aún. Inútilmente había intentado atravesar las primeras filas, porque fué rechazada sin ver más que ramos de flores con los que se había he-cho a la difunta un tálamo perfumado.

Ya estaba la capilla llena cuando Cristina vió delante del pórtico a un hombre con sobrepelliz,



que repartía golpes con un bastón negro y plano, cuyas puntas estaban provistas de un armazón de plata. Así hacía retroceder a los fieles que le atropellaban.

No podía ser otro que el sacristán.

—¡Drouine!—bisbiseó la joven.

El interpelado se volvió y la vió cogida a Jaime por la mano. Cristina Norbert se presentó y presentó a su primo.

—¡Qué tarde llegan, Dios mío!—suspiró Drouine levantando los ojos al cielo—. ¡Si supieran cómo les ha esperado!

—¿Se la puede ver aún?—preguntó Cristina.

—Síganme—contestó. Y les hizo bajar inmediatamente por una escalerilla subterránea que llevaba a la cripta.

Esta aun estaba desierta.

—Colóquense en este rincón. Luego de la misa la bajarán aquí y podrán verla a su gusto. Nunca ha estado tan bonita; parece un ángel. Provisionalmente será colocada en la tumba del «vampiro», que, como ustedes sabrán, está vacía. Y de donde no saldrá más que para ser sepultada definitivamente en una magnífica tumba que el señor marqués encargará y que se colocará junto a la del conde Francisco II, llamado Brazo de Hierro y muerto en Tierra Santa. ¡Qué disgusto tiene el señor marqués!

Les dejó porque lo necesitaban arriba...

Estaban en una especie de hornacina abierta en la muralla y desde la cual dominaban la tumba del vampiro, que estaba abierta como esperando la nueva presa...

Sobre una tumba cercana habían colocado la losa que la cubría y en la cual aun podía leerse la inscripción relativa a Luis Juan María Crisótomos, caballero de Su Majestad.

Jaime notó que la mano de Cristina se crispaba sobre la suya. Todo aquel aparato de muerte, todos aquellos cantos funerales en aquel recinto subterráneo parecían la quejumbre de los difuntos salida de las entrañas de la tierra. Todas aquellas figuras de piedra acostadas en los sepulcros, con las manos unidas en un postrer gesto de súplica y de oración antes del juicio final; toda aquella escena lúgubre iluminada por unos cuantos rayos que entraban por las ventanas abiertas a ras del suelo del cementerio, era como para impresionar a un espíritu menos quebrantado que el de Cristina.

En cuanto a Jaime, maldecía como siempre su propia debilidad, que le había llevado a encerrarse con Cristina en aquel mortuorio aposento, precisamente cuando soñaba para su novia el renacimiento de todas las fuerzas vitales en el apoteosis de una naturaleza triunfal...

El, que tan fuerte era para con los demás y consigo mismo; él, que encarnaba la pura inteligencia, no existía ni había existido ante ella más que para ella. Y como hacía tiempo que lo comprendiera así, ya no luchaba contra ello. Si por un momento intentó reaccionar, comprendió al punto que ella, con su bella serenidad, con su dulcísima sonrisa, sin ninguna protesta, dejaría que se fuese... *De profundis clamavi ad te, Domine!* Aquí abajo, y seguramente allá arriba, cada espíritu tiene su dueño. Ni al más orgulloso le está bien dársela de listo. Poderosos cerebros han ido a remolque de mujeres lamentables. Cristina, en fin de cuentas, era buena y linda... *Dies irae, dies ille!*

Ya se abría la historiada verja que había detrás de la tumba del conde Francisco, llamado Brazo de Hierro. Y el cortejo de las «hijas de María» y



de las «damas del fuego» precediendo al féretro que los mozos llevaban y que levantaron para dejarlo provisionalmente en la tumba del vampiro.

Hubiérase dicho que dejaban allí una maravillosa canastilla de flores en la que reposaba una virgen dormida...

Cristina, con sus ojos agrandados por la angustia y el dolor, miraba continuamente aquella cara ideal...

¡Oh, qué bella era en la muerte Bessie Anne Elisabeth!... Bella como Julieta en la tumba cuando penetró en la religiosa frescura del santuario oloroso que disipa todo el tormento y devuelve a la envoltura terrenal su pureza de aurora; bella como Ofelia adornada con su guirnalda de plantas salvajes y con los cabellos todavía húmedos de la flora de las aguas; bella como ella misma, que, finalmente, escapaba al ultraje de un insensato a quien había entregado contra sus esperanzas y deseos un corazón puro que finalmente escapaba de un círculo horroroso que no había podido comprender y donde su razón había sucumbido antes de que exhalara el último suspiro...

—¡Duerme, duerme tu último sueño! ¡Yo te juro que nada vendrá a turbarte!—murmuró Cristina transfigurada, sollozante y cayendo de rodillas.

A aquellos gemidos respondió un grito desesperado. Porque María Vicente se desplomó ante el ataúd, que tal vez él había abierto...

Terminó la ceremonia, se rezaron las últimas oraciones y corrió la losa sobre aquella que no vería más la luz del día.

Levantaron al marqués que se dejó llevar como si padeciera parálisis. Sólo recobró un poco el uso de sus miembros cuando le dió la frescura del exterior y cuando vió a Cristina y a Jaime que fue-

ron los últimos en salir de la cripta. Dando algunos pasos hacia la joven le cogió ambas manos con una efusión que la dejó fría.

—¡Oh, gracias, muchas gracias por haber venido! Usted era una buena amiga de ella...

Cristina presentó a Jaime como su novio... El otro no les soltaba las manos. Y tuvieron que acompañarle hasta el castillo.

—¡No me dejen, por favor!... ¡Soy tan desgraciado!... ¡Oh, si ustedes supieran!... Pero a usted, Cristina, nada tengo que decirle, porque lo sabe todo... Usted es la única que puede comprender el alcance de mi desgracia... Soy el más desdichado de los hombres...

Y mientras la multitud, emocionada o silenciosa, vaciaba el patio y volvía al campo para regresar a los hogares, el marqués les retenía a la sombra de aquel fúnebre castillo de puertas cerradas...

—Voy a irme—dijo con voz desgarrada—lejos, muy lejos... ¿Adónde?... Aun no lo sé... Pero no puedo quedarme aquí ni un momento, porque hay demasiados recuerdos..., demasiados recuerdos y demasiados dolores...

Se movió una puerta, se levantó una cortina y apareció una sombra que Cristina reconoció... Era el médico indio, Saib Khan en persona, que no pronunció una palabra... Jorge María Vicente se levantó al verle.

—¡Adiós, adiós, quizá para siempre!—suspiró con una especie de estertor—. ¡Oh, cómo la quería!

Y se fué... Oyóse el automóvil que se lo llevaba.

Cristina y Jaime quedaron impresionados por aquella *extraordinaria desesperación*. El ¡Oh, cómo la quería! les sonaría largo tiempo en el oído.

Jaime, tras unos instantes de tremendo silencio, dijo:



—Quizá ese hombre amaba de veras a esa mujer.

—Pero ¿cómo puedes decir eso?... También Ugoline quería a sus hijos...

—Es cierto—dijo Jaime, que por nada del mundo hubiera querido contrariarla en aquel momento.

Y, levantándose, añadió:

—Ahora, Cristina, vamos a irnos de aquí, donde no tenemos nada que hacer, y procuraremos olvidar todo esto.

—Vete, si quieres—le dijo la joven sombríamente—. Yo me quedo.

—¿Te quedas aquí?... ¿Para qué?

Cristina se había acercado a la ventana, y a través de las persianas miraba algo o a alguien con una atención feroz.

—¿Ves?—dijo la joven.

Jaime acercó la cabeza.

—Te he hablado bastante de ellos para que los reconozcas.

—Sangor y Sing-Sing.

—En efecto. Ellos no se han marchado... ¿Y quieres que me vaya yo?...

—¡Explicáte, Cristina, que no te comprendo!...

La joven se encogió de hombros.

Y a partir de entonces obró como si él no estuviera presente...

Abandonó aquel salón y pasó a otro... Su prometido le seguía, renunciando ya a interrogarla... Así atravesaron parte de la planta baja... El castillo parecía desierto, abandonado... Toda la servidumbre estaría en algún apartado aposento, entregada a la francachela como se acostumbra en tales casos... Atravesaron inmensas estancias que habían conservado el carácter de siglos anteriores, con arcones de precio inestimable, con cofrecillos tallados, con armaduras cinceladas, con altas sillas que databan del reinado de Francisco I,

con grandes chimeneas Renacimiento, maravillas apenas iluminadas por la escasa claridad que penetraba a través de las persianas. Por fin llegaron a un vestíbulo. La joven, con una prisa que su prometido no comprendía, subió por una escalera que allí había con los peldaños de mármol desgastado, con la barandilla de hierro forjado, y que tal vez no había sido reparada desde *el otro Coulteray*, desde Luis Juan María Crisóstomo...

Al llegar al primer piso, Cristina, como guiada por un seguro instinto, se dirigió hacia una gran puerta, que abrió de par en par.

Inmediatamente notaron el olor especial de las cámaras mortuorias...

Era la famosa habitación de Diana de Poitiers. En un estrado se hallaba aún la gran cama de pilares salomónicos todavía sembrada de flores... En los cuatro ángulos de la habitación aun exhalaban su perfume los cirios apenas apagados...

Se acercó a la ventana, la abrió, subió las persianas y entró la luz a torrentes.

Cristina miró las paredes, que estaban cubiertas de tapices de Flandes de alto lizo que representaban asuntos tomados de las novelas de caballería. Jaime, cada vez más asombrado, vió que Cristina se interesaba meticulosamente por aquellas figuras que recordaban las proezas de los caballeros de la Tabla Redonda. Luego de examinarlas, con una minuciosidad desesperante, pasaba de una a otra. Tan pronto se inclinaba, como se ponía de puntillas o se subía a un escabel.

Por fin se volvió, con la cara contraída y lanzando un suspiro. Miraba a Jaime, pero parecía no verle, y, desde luego, no le oía, porque como él le dirigiera una pregunta encaminada a aclarar aquellas maquinaciones, que para él eran completamente incomprensibles, ella pasó junto a él sin